

El desarraigo, el no compromiso o el compromiso frágil de hoy, a pesar de su carga de indeterminación tiene de interesante el volver a colocar al escepticismo como actitud en el centro de la problemática de lo intelectual. No voy a retomar el tema de la necesaria criticidad del intelectual. El intelectual crítico, lo que fue a menudo con el adversario, fue complaciente con los suyos. Acabó en nombre de la crítica justificando las peores atrocidades. El escepticismo, aunque nos haga correr el peligro de disolvernó en la descreencia nos pone en guardia contra la parálisis de un saber narcisista.

Ese escepticismo que nos despierta hoy es, paradójicamente, el antídoto contra los dogmatismos del porvenir. Lo que nos parece una imposición indeseable, a mi juicio, es la virtud del intelectual.

Creo que Raymond Aron tiene entera razón dando la bienvenida a los escépticos que podrían enterrar los fanatismos del futuro.

VIRIATO SENCION Y LA NOVELA DEL CHISME*

Giovanni Di Pietro

Viriato Sención es un novelista dominicano residente en Nueva York. Se sabe poco sobre él tanto en relación a su persona como a su obra. Según dice la presentación de su novela, nació en San José de Ocoa en 1941, hizo sus estudios secundarios en el seminario Santo Tomás de Aquino, viajó a Costa Rica en 1961 - donde estudió ciencias políticas -, y reside en la urbe norteamericana desde hace doce años. Estudió Literatura Hispana en el Lehman College. Como escritor,

* "El chisme es una invención dominicana y eso uno no lo encuentra en ningún otro país del mundo y el chisme consiste en pensar cosas falsas y hacerlas circular, decir las, como si fueran verdaderas o legítimas." Juan Bosch, en un artículo del *Listín Diario* del lunes 8 de marzo de 1993.

publica una serie de cuentos en la revista "Punto Siete", editada en Nueva York, en los años ochenta. **Los que falsificaron la firma de Dios**, su primera novela, es también su primer libro publicado.

Con esta primera novela, Viriato Sención ha tenido todo un éxito editorial. A sólo pocos meses de su publicación, la primera edición de **Los que falsificaron el nombre de Dios** se ha agotado y una nueva edición, de diez mil copias, ya salió a la calle. En el medio cultural dominicano este tipo de cosas no es común, especialmente si se trata de una novela. Algo parecido ha ocurrido recientemente sólo con otra publicación: **Memorias de un cortesano de la Era**, de Joaquín Balaguer. Además de dos ediciones en tan corto tiempo, **Los que falsificaron la firma de Dios** se recibió los más calurosos elogios de la crítica. Mora Serrano, por ejemplo, le ha dedicado una serie de artículos elogiándola sin reservas. Aristófales Urbáez, en un artículo de "Ultima Hora", presenta a Viriato Sención como la gran revelación de los últimos tiempos. Otros también han escrito sobre el asunto. Tanto es así que hasta los políticos, tomando en cuenta sus contenidos, no han querido quedarse atrás, y han hecho pronunciamientos acerca de la novela. En efecto, Vincho Castillo llegó hasta el colmo de atacarla en su programa televisivo, "La Respuesta" (20 de noviembre de 1992).

Sin duda alguna, Viriato Sención ha tenido una suerte fenomenal con la publicación de su novela. **Los que falsificaron la firma de Dios** aparece en el medio cultural dominicano en un momento crítico. Se está celebrando el V Centenario del descubrimiento y Evangelización de América. El Gobierno dominicano derrocha millones de dólares en la construcción de obras suntuosas, entre las cuales se destaca ese elefante blanco que es el Faro a Colón. La Iglesia Católica celebra en la ciudad de Santo Domingo su conferencia episcopal (CELAM) en la cual asiste el mismo papa Juan Pablo II en su tercera visita al país. Se perfilan al horizonte las elecciones de 1994. Y, para asombro de todos, al presidente Balaguer, según admisión pública un no -creyente en la materia, se le pega el famoso "fucú" del Almirante, perdiendo su más querida hermana la víspera de la inauguración del Faro, obra cumbre de sus sueños faraónicos. Todos estos elementos de una u otra manera coadyuvan a que **Los que falsificaron la firma de Dios** se venda, y se

venda bien. El sólo hecho de revelar que la obra tiene como personaje central a Joaquín Balaguer y le critica a él, a su gobierno, a su círculo familiar y a sus más estrechos colaboradores hubiera sido bastante para suscitar el interés en un público que nada sabe de novelas ni quiere saber. **Los que falsificaron la firma de Dios** se aparece en el ambiente cultural dominicano en la ocasión ideal. Cualquier novela de esa índole, en esas mismas circunstancias, hubiera tenido igual éxito.

Observábamos en una ocasión que la cultura dominicana se caracteriza por ser una cultura del chisme. En general, no hay en ella profundidad. Se lee poco. Se piensa menos. Se escribe mal. Se inventan los disparates más sorprendentes. En este tipo de cultura, hasta el cuento de un asno volador tendría sus creyentes convencidos. La cultura dominicana no crea un ambiente basado en la importancia del libro, sino en la lectura del periódico y, últimamente, en la afición a los programas radiales y de televisión, toda clase de programas: mientras más necio mejor. Ante tal realidad lo que cuenta no es el hecho, las pruebas de algo, la discusión o la crítica, sino la aproximación, la falsedad más descarada o el invento; en otras palabras, el chisme. Basta con mirar los periódicos o ver algún programa de televisión o escuchar un programa radial o incluso una simple conversación para darse cuenta de que todo, no importa la importancia o la sublimidad del tema, al final es reducido a chisme.

La literatura no se desliga de este estado de cosas en la cultura dominicana. Muy por el contrario, le toca quizás la porción más grande, ya que esta propensión de la cultura dominicana al chisme se manifiesta en ella de manera abundante. Vamos a brindar un único ejemplo, uno que está relacionado, de hecho, con la novela de Viriato Sención. Es el de la publicación de la obra de Joaquín Balaguer que ya hemos mencionado, **Memorias de un cortesano de la Era**. Por qué se vendió tanto este libro de Balaguer? Fue porque lo escribió el presidente de la República? Fue porque se trataba de una gran obra literaria? Fue porque a los dominicanos les gustan las obras de historia? Fue porque se hiciera una agresiva campaña publicitaria? No, nada de esto. El dominicano simplemente vio en el libro lo que quería ver: una colección de los chismes más jugosos de la vida pública y privada por parte de un hombre

que, por su personalidad y longevidad, resume prácticamente toda la historia de la sociedad dominicana contemporánea. Entre esta colección, el chisme más grande de todos: los nombre de los asesinos del periodista Orlando Martínez, caso célebre del régimen de los doce años. Solo que Balaguer, hombre vivo y enigmático, decidió meterse toda la nación en el bolsillo. Le jugó a los dominicanos la mala pasada de la famosa página en blanco. El chisme más grande de todos fue así reemplazado por otro chisme, más fino y más cruel: el de esa página en blanco en la cual los dominicanos, engañados en su buena fe de consumidores empedernidos de chismes, insatisfechos en su ardiente deseo, tendrían que mirar ahora y por largo tiempo en el futuro antes de recibir la mercancía por la cual habrían pagado.

Lo que nos lleva a esta novela de Viriato Sención, **Los que falsificaron la firma de Dios**.

En la novelística dominicana contemporánea, muchos son los disparates que improvisados y no tan improvisados novelistas se han inventado y a los cuales han puesto el nombre de novela. En nuestras investigaciones en el campo, por ejemplo, hemos encontrado un tipo de novela que hemos denominado la "novela inexistente". A este tipo corresponden las novelas de Horacio Read, un odontólogo que se creyó novelista toda su vida. Hay novelas que no tienen ni pies ni cabeza. Y hay otras de otras clases que no vale la pena mencionar aquí. Viriato Sención, por su lado, nos presenta en la novelística nacional un nuevo tipo de disparate, el de la "novela del chisme". En la posteridad, por lo menos en cuanto a esta primera novela, tendrá el indubitable mérito de haber inventado por su propio fiat esta categoría de novela.

No nos referimos de tal manera a la novela de Viriato Sención por puro capricho. Nosotros ni tenemos interés en la notoriedad pública ni tenemos partidismo político de ninguna índole. Lo hacemos simplemente desde la perspectiva de quien se ha pasado ya varios años leyendo, estudiando e investigando en la novela dominicana contemporánea, de la cual, a decir de muchos, **Los que falsificaron la firma de Dios** sería una muestra excepcional, su más trascendental expresión en estos últimos tiempos. No tenemos, dicho más claramente, hacha que afilar, y, si le damos ese epíteto a la novela de nuestro autor es con ánimo

puramente académico, distanciándonos así del torbellino de polémica que, cual un huracán, se ha desatado entorno a la obra.

Son dos las razones que nos llevan a clasificar **Los que falsificaron la firma de Dios** como "novela del chisme":

1) su éxito editorial inusitado, cosa que nada tiene que ver con los méritos estéticos de la novela;

2) sus contenidos, los cuales, en ausencia de verdaderos personajes y de verdaderas situaciones, se reducen a una simple colección de chismes acerca del doctor Ramos, el presidente, su familia, su Gobierno y sus más cercanos colaboradores, inclusive la Iglesia católica en su papel de sostén de la dictadura y de la pseudodictadura que van de Tirano (Trujillo) a Ramos (Balaguer).

Hemos hecho arriba referencia al ambiente nacional dentro del cual se publica la novela de Viriato Sención. El éxito editorial que ha tenido, algo inusitado en el país para una novela, ya que casi nadie lee novelas o libros de ninguna clase, se debe -sostenemos- a eso y no a otras cosas más directamente conectadas con el quehacer literario. Los que compraron el libro no lo hicieron con ánimo de leer una buena novela, en la cual nunca estarían interesados y ni siquiera la reconocerían si se la pusieran frente a su propias narices, sino con irrefrenable gana de averiguar el último chisme puesto a circular para su consumo. Pero, cómo es posible que un dominicano, y especialmente de clase media, saque 200 pesos para comprarse un novela? Antes que nada, dada la crisis por la que el país atraviesa, él no tiene ese dinero disponible y, segundo, no estaría en sus cabales si así lo hiciera. Eso es, sencillamente, algo que no hace porque no acostumbra hacerlo. Es -diríamos- una negativa casi genética. Sin embargo, he ahí como se presenta Viriato Sención con su novela de 323 páginas (demasiadas páginas, dirían los probables lectores) a 200 pesos y obtiene su pingüe ganancia. No se puede pretender, pues, que esto sea por los méritos estéticos de la novela, no; hay otras razones, y más poderosas, que los méritos estéticos: la curiosidad, estar a la moda, averiguar el último chisme, especialmente eso- averiguar el último chisme.

Porque, si vamos a **Los que falsificaron la firma de Dios** y miramos a esas 323 páginas como novela, pronto nos damos cuenta que en ella

no hay méritos estéticos de que hablar. Por ejemplo, cuáles serían los temas de la novela? Esencialmente dos: en la primera parte, la rebeldía al poder político y eclesiástico; en la segunda, la venganza. Pero, al leer la novela, notamos que Viriato Sención no hace nada ni con el uno ni con el otro tema, nada, que no sea tratarlos de una manera totalmente pueril y mediocre.

El seminario de Santo Tomás de Aquino sería el escenario del tema de la rebeldía eclesiástica (la rebeldía política no tiene escenario visible, ya que la supuesta acción terrorista del seminarista Antonio ni se describe ni tiene la importancia que el autor, en su afán de crear una novela, piensa que le está dando). Antonio, proveniente de un pueblo del interior, es encerrado en ese seminario contra su voluntad. Experimenta la nostalgia por su aldea y su familia, especialmente el abuelo. No quiere meterse a cura. Perdió su padre a causa de la represión trujillista y sueña con vengar esa ofensa, como su abuelo desde temprana edad le enseña. En el seminario, el padre Paula, un cubano, lo entrena en el terrorismo, y Antonio, en sus vacaciones de verano, en vez de regresar a su pueblo, demora en la capital y pone -suponemos, ya que nunca se explica con claridad- una bomba casera en un lugar público para que estalle. Arrestado, termina en "La Cuarenta", es torturado, y después, por voluntad de Tirano, tras un consejo de Ramos es reintegrado al seminario con la orden de que el Rector se encargue de llevarlo progresivamente a la locura y al suicidio.

Todo esto, claro está, parece interesante; y quizás lo sea quizás lo sea, decimos, en manos de un novelista que no tenga la talla de Viriato Sención porque, al leer su novela, nos damos cuenta de que esa trama basada en el tema de la rebeldía nos es presentada con una completa ausencia de personajes y de dramatización posible. En efecto, Antonio es un personaje que no existe. Por más que el autor se esfuerce, este personaje no pasa de ser un simple nombre en las páginas de la novela. Como joven rebelde, Antonio carece de motivación y de suficiente inteligencia para ser verosímil. El padre Paula es un personaje que, al igual que su discípulo, no existe. Tanto es así que, con el desarrollo de esta absurda trama de rebeldía, Viriato Sención se olvidará completamente de él y sólo más tarde, y de pasada, nos dirá que fue enviado a

Puerto Rico. En la mente del autor, este padre sería la figura del cura comprometido con los cambios sociales, es decir, la izquierda de la Iglesia católica, y por ser cubano en los años cincuenta, también el representante de las ansias revolucionarias de esos tiempos. Sólo que Sención no tiene ideas sobre estas cosas. Conoce su existencia, pero no le apasionan. Y entonces no logra hacer nada ni con el personaje del padre Paula ni con aquellas cosas que representaría. Como ex-seminarista, es obvio que el novelista tiene cosas en contra de la Iglesia y sus manipuladores de almas - los jesuitas; y, como residente de Nueva York, y posiblemente con pasaporte y ciudadanía norteamericana, no entiende el drama y el alcance que las ideas izquierdistas representaron aquí como en otros países de América Latina.

No es solamente Antonio quien se revela ante el ambiente asfixiante del seminario. Hay además el personaje de Arturo. Como su amigo Antonio, Arturo no quiere meterse a cura. Padece de nostalgia. Más aún, sufre las tentaciones de la carne. Pero, ¿A qué se reduce su rebeldía? Da pena decirlo: en el hamletiano dilema si masturbarse, y así contradecir las reglas del seminario, o no masturbarse, y así quedarse con ese prurito encima que lo atormenta. Terminará, claro está, con masturbarse, y esto después de un ridículo monólogo notorio por su confusión y superficialidad, aunque el autor, al final, ponga en la boca de su personaje el grito "¡Dios no existe!"

A pesar de la importancia que Viriato Sención quiere darle, Arturo es y será siempre, al igual que Antonio, un personaje inexistente, falto de inteligencia y mediocre. Esto no sería tan grave si no fuera por el hecho que en el Epílogo, que se inicia en la pág. 314, descubrimos que es ese mismo Arturo el que escribe esa novela exitosa que tenemos entre manos, *Los que falsificaron la firma de Dios*. De un tipo como él no podía proceder otra cosa que no fuera una novela como ésta. Todo, pues, encaja. Todo es lógico. Nosotros lo vemos así con mucha claridad. No creemos que Viriato Sención, comprometido con su opinión de haber escrito una gran novela, la vea de esta misma manera. Pero no importa. A cada cual según su gusto.

Otro personaje aburrido, falta de inteligencia e inexistente es Frank. Frank, notamos de antemano, como el Epílogo nos lo dice, escribirá las

supuestas **Memorias de Frank Bolaño**, y otro éxito editorial al igual que **Los que falsificaron la firma de Dios**, y obra complementaria de ésta. Frank sería el rebelde por excelencia. Pero lo es sólo en la mente del autor. En la práctica no es ni rebelde ni nada. Ni siquiera el espía de Ramos, como Viriato Sención quiere. En efecto, si en algo se distingue este personaje, es en su "**aparente**" pasión incestuosa por su tía, Amelia. Decimos "**aparente**" entre comillas porque, al igual que con tantas y tantas otras cosas, tampoco con esto nuestro novelista logra hacer algo. Si los personajes que crea son simples nombres que aparecen en sus 323 páginas, las acciones y las pasiones de éstos no pasan de ser nada más que anotaciones del novelista, nada más que anotaciones que, para desgracia suya y nuestra, él presenta como si fuera cosas plenamente desarrolladas y con una dramática vida propia.

El tema de la venganza empezaría la novela y se supone que llegaría a maduración en la segunda parte. Es Antonio quien está exclusivamente vinculado de este tema. Su padre, Cástulo, tiene ansias intelectuales y no está conforme con su trabajo como carpintero. Al igual que el abuelo Santiago, es un fanático de los gallos. En una ocasión pelea con Cocolo Cantera, alias "**La culebra**", y éste lo eliminará. No sabemos ni cómo ni cuándo exactamente. Y, en verdad, ni por qué, ya que la razón que Sención nos brinda no es suficientemente fuerte para ser aceptable. El abuelo hace de la venganza el sueño prohibido de Antonio. El abuelo tiene su gallo, Juanito, y lo entrena hasta el punto de que éste matará al gallo de Cocolo, "**Pata'e criminal**". Esto no basta. Juanito es misteriosamente poseído por la presencia de Cástulo y termina su pelea en la gallera matando al mismo Cocolo. Ahora bien; si Cocolo es el responsable de la muerte de Cástulo y Juanito logra vengarlo, ¿a qué se debe el sentimiento de venganza que animaría no sólo a Antonio, sino también al misterioso gallo que se aparece en las últimas páginas, en contra de Ramos? No se entiende. Se dirá: Es que Antonio quiere vengarse de Ramos porque éste lo puso en manos de los curas para que lo redujeran a la locura y al suicidio. Pero esta no es una justificación válida. No lo es esencialmente por la superficialidad con que el novelista trata su tema. No lo es por la inexistencia de los personajes. Además, no lo es porque, para ser exactos, Ramos salva la vida de Antonio cuando sugiere a Tirano que se le devuelva al seminario. El

seminario es mejor que "La Cuarenta". Su regreso al seminario da a Antonio la posibilidad de seguir con vida y eventualmente fugarse, hacerse militante de izquierda y morir la muerte que en la historia dominicana corresponde a la figura austera y, por cierto inteligente (lo que Antonio no es), de Orlando Martínez.

Sin personajes que logran existir o que tengan la más mínima pizca de inteligencia, sin temas que valgan la pena o tramas que se desarrollen, el éxito editorial que ha sido **Los que falsificaron la firma de Dios** tiene que ser el resultado de lo que hemos dicho que es, una "novela del chisme", novela que Viriato Sención, con tremenda suerte, publica en el momento más oportuno, el que hemos descrito arriba.

Hemos hablado de los personajes de Antonio, Arturo y Frank, del padre Paula; hemos mencionado a Amelia, a Cástulo y a Santiago. Vamos ahora a esos personajes que, dentro de la supuesta trama, los funcionarios y Ramos y su familia.

Hay curas y curas. El mismo padre Paula es un ejemplo de esto. Sención no está enfadado con los curas, ya que por cierto, como ex-seminarista, los lleva todavía dentro de sí, sino supuestamente con la "cúpula" de la Iglesia: el Rector del seminario, los profesores jesuitas, los cardenales, etc. Nadie, menos aún nosotros, le quitaría al novelista su derecho a criticar a la Iglesia. En esto él puede hacer todo lo que le venga en ganas. Sin embargo, nos oponemos a la superficialidad con que esta crítica se hace en su novela. Hemos dicho que Viriato Sención no entiende ni el drama ni el alcance que las ideas izquierdistas tuvieron en el país. Con asombro notamos que tampoco entiende - por lo menos en el contexto de su novela - el drama y el alcance que la presencia de la Iglesia tendría en la sociedad. Ya que no los entiende, no puede debidamente criticarlos. De ahí que su crítica es a la "cúpula". De ahí que ella se reduce a una serie de acusaciones hartamente conocidas y que revelan su personal rencor en contra de la Iglesia por la experiencia negativa que por cierto, al igual que sus personajes, tuvo que experimentar en el seminario de Santo Tomás de Aquino. Ni el Rector, ni los jesuitas, ni los cardenales a los cuales hace referencia tienen rostro. Como sus otros personajes, éstos también no pasan de ser nombres o títulos registrados en ésta o aquella página.

Los generales que Viriato nos da son generales de zarzuela. En un sentido tiene razón porque, en el ambiente latinoamericano, y especialmente en pequeñas naciones como esta, eso es exactamente lo que, salvo excepciones, son. Sus méritos y sus estrellas no se las ganaron por cierto en ningún afán de imitar a aquel Napoleón que todos admiran y cuyo retrato o busto tiene siempre un lugar preferencial en sus casas. Pero, también en esto Sención no entiende bien el asunto. Si se equivoca acerca de la importancia que tuvo la izquierda y tiene la Iglesia, se equivoca además con esto de los generales. Parecerán generales de zarzuela, pero tuvieron y tienen todavía en gran medida el poder en sus manos. Esto en sí es trágico. Es un asunto serio. Sólo que a Sención no le interesa la tragedia o la seriedad. Le interesa únicamente presentar ridículos personajes que, sean ellos Elermoso o Prieto o Piro Cristóbal, nada tienen que ver con ese mundo despiadado en que vivimos y del cual la novela supuestamente debería tratar.

Ni hablar de los funcionarios. Se pensaría quizás que al introducir esos personajes, el novelista le entraría de lleno al tema de la corrupción. No, nada de eso. Esos funcionarios corruptos, al mirarlos bien, son todos "buena gente". Los corruptos no son ellos, sino el ambiente; éste y, claro está, esa personificación de Satanás, ese brujo, que sería Ramos. No es por casualidad, pues, que uno de sus personajes centrales, Antonio, el del hamletiano soliloquio sobre la masturbación, nos es presentado como funcionario corrupto y bonachón, tan bonachón que hasta ayuda a la guerrilla de Caamaño.

Venimos ahora al "plato fuerte" de Viriato Sención en lo que concierne a los personajes: el presidente Ramos. Ramos está cercado por hermanas. Serían ellas sus colaboradores más íntimas. De las cinco, se destacarían dos: una, Albicia, iniciadora de la Cruzada de la Paz, por su capacidad económica; la otra Cándida, por su voracidad política. Hay hermanas que tienen sus rasgos oscuros, y Sención nos menciona por lo menos una aberración sexual. Que él haga esto es -insistimos- su prerrogativa. Pero que lo haga de esa manera tan pueril y superficial en que lo hace no tiene excusa. Hay que sublimar. Hay que dramatizar. Hay que crear. Hay que suscitar interés. Nada de esto ocurre.

Se supondría, pues, que al llegar a Ramos, a su "plato fuerte", como hemos dicho, las cosas cambiarían. Qué va! Por más que el novelista se esfuerce, desde la primera hasta la última página este personaje, al igual que todos los otros, ni existe ni nunca logrará existir. Se ha dicho mucho, en la crítica, sobre este personaje; pero esto sólo porque, al leer la novela, el crítico o el cazador de chismes, ve en Ramos lo que Sención quiere que sea: una representación de Balaguer. Obsérvese lo subrayado. Esa expresión nos dice la verdad. El novelista, en su ilusión de creerse un gran novelista, quiere que Ramos sea Balaguer. Tanto lo quiere que, al final, él se lo cree. Sólo que las cosas no son así. A pesar de todo el arsenal de los chismes y de la historia, llegando hasta el colmo de citar *verbatim* el nefasto panegrico que Balaguer pronunció ante el cadáver de Trujillo, este personaje, Ramos, no es Balaguer. No lo es porque, al igual que con todas las otras cosas (la izquierda, la Iglesia, los generales, etc.), Sención no ve ni el drama ni el alcance de la figura del verdadero Balaguer en el quehacer político nacional. Sención no ve al hombre político, no ve al literato decadente que Balaguer es, no ve el enigma que representa; ve sólo una cosa, sólo, el chisme que con su consumación los dominicanos han visto en él y que, igualmente, vieron en el mismo Trujillo. Pero, por desgracia y quizás también por suerte de estos dominicanos, Balaguer no es ni nunca ha sido el chisme que Sención, y los dominicanos con él, han querido y quieren que sea. Es que la vida, cuando es vivida con seriedad, con acierto y no con aproximación, no está hecha de chismes, sino de realidades palpables y profundas. A Sención, como a muchos otros aficionados al chisme, este concepto de lo que es la vida se le escapa por completo.

Nos hemos quedado con los temas, los personajes y la trama de **Los que falsificaron la firma de Dios** hasta aquí. Tenemos ahora que pasar a otro aspecto de la novela para explicar por qué nos referimos a ella como la "novela del chisme". Es el aspecto de sus contenidos, no en términos de ideas, ya que en ella, como hemos visto, no hay ideas de que hablar, sino de técnica narrativa, de su construcción física.

Empezamos con decir que **Los que falsificaron la firma de Dios** consta de dos partes. Hay un Epílogo, aunque el autor no lo indica.

Contiene, en la página 314, una nota. Además de la dedicatoria y de los agradecimientos, lleva también un epígrafe. Mencionamos el epígrafe porque es, como cualquier epígrafe debería serlo, representativo del significado de la obra. Viene del Génesis. Sólo que, por desventura del autor, reza así, y no como debería rezar: "Después de eso vio Dios que la luz era buena, y efectuó Dios una división entre la luz y la claridad." Un error de imprenta? No debería rezar: "y las tinieblas"? Este error es sintomático de lo que en los contenidos de la novela ocurre. Cómo no es posible dividir la luz de la claridad, siendo la misma cosa, y así dar inicio al portento de la creación, tampoco se puede separar en la novela de Sención un elemento del otro y hablar de creación,

En el nivel técnico de sus contenidos, **Los que falsificaron la firma de Dios** no tiene ninguna creatividad estética de la que hablar. No se destacan en sus páginas, por ejemplo, ningún elemento descriptivo o lírico de alta o de siquiera baja claridad. La página de Sención es esencialmente una página aburrida. Tan aburrida, en efecto, que al leerla llegamos a catalogarlas una tras otra como páginas muertas.

Decimos que las páginas de **Los que falsificaron la firma de Dios** están muertas porque, basta con abrir el libro y leer para darse cuenta de que nada ocurre en ellas que nos produzca por lo menos un mínimo de interés y nos anime a seguir. No hay en ellas ni dramatización ni estilo. Página tras página tenemos que soportar una narración pedestre, lenta y pesada que sólo nos deja bostezando. No es al empezar la lectura de la novela que nos damos cuenta de esto. Después de todo, no ha sido aclamada como una gran novela? Después de todo, no costó 200 pesos? Después de todo, no tiene ya una segunda edición? Y así nos adentramos en el marasmo de páginas muertas y no nos damos cuenta del pantano que nos espera. Ejemplos? No vamos a decir lean todas las páginas, pero, acaso no están muertas las siguientes páginas?: 94-95; 100-105; 108-119; 110-115; 120-121; 134-135; 144-145; 210-211; 214-215; 224-225, etc. No sólo están las páginas de Sención muertas, sino que muchas veces aparecen hasta sepultadas. Qué significan, por ejemplo, las páginas que van de la 198 a la 202? En ellas no hay conexión que se entienda entre lo que precede y lo que sigue. En especial, qué se quiere hacer en las páginas 200-201?

Bien decía Aristóteles Urbáez en su artículo de "Última Hora" que Viriato Sención tenía sus pequeñas fallas. Sólo que él dejó de mencionar o no vio cuán profundas esas pequeñas fallas son. Además de estar muertas, las páginas de la novela de Sención están repletas de lugares comunes que sólo a un novelista inexperto o a un mal novelista se le ocurriría emplear. Al empezar la lectura de la novela, deslumbrados por el éxito editorial que representa, no notamos este elemento, pero, con el tiempo, con una lectura sinceramente crítica, esos lugares comunes saltan a la vista y socavan cualquier intención que el lector pudiera tener de ver en la novela algo bien hecho. Citamos algunos ejemplos, para que no se nos acuse de inventar cosas: "La holgura del uniforme no podía ocultar el poder de sus pechines emergentes. Dos trenzas negrísimas bailaban sobre su cuello." (pág. 20); "Fue entonces cuando pudo contemplar a sus anchas y con plena libertad visual a la mayor tentación que ojos humanos pudieran ver." (pág. 20); "hilera de dientes blanquísimos" (pág. 69); "Hércules de ébano", "movimiento lento como de buey", "sumisión canina", "cumpliendo con esmero" (pág. 69); "Mens sana in corpore sano" (pág. 74); "divisa redentora", "Ad mejorem Dei gloriam" (pág. 75); "Tirano es un criminal, padre, y no son menos malos los ambiciosos y fariseos que ayudan a sostenerlo." (pág. 81); "ya hizo adulto para siempre" (pág. 84); "Es un momento estelar" (pág. 85); "presencia letal", "fabulosos monumentos de piedra y cemento" (pág. 88); "la dulzura de aquellos labios temblorosos" (pág. 93); "rosada lenguita de diosa embelesada", "sutil botón de mujer", "amor inocente", "pan de cada día", "el jardín me dio tus besos", "caminabas con tus ojos perdidos en mí, sonriendo sonrisas de Angel" (pág. 94); "labios tiesos", "voz lastimera, de ventrilocuo agónico", "milimétrica apertura", "guturales articulaciones" (pág. 106); "pero el doctor Ramos, antes de sentarse, dio unos pasos oblicuos, hasta acercarse a los anaqueles de los libros, por donde paseó la mirada, errando sobre los títulos, con postura beatífica". (pág. 107); "sobre sus cuellos descansaba la espada del demonio" (pág. 111); "laberinto tropical" (pág. 113)... y así por el estilo. No se necesita agregar más ejemplos. Página tras página, estos lugares comunes se amontonan hasta hacernos imposible

tomar con seriedad la afirmación de que **Los que falsificaron la firma de Dios** es la gran novela que se dice que es.

Más grave que estas páginas muertas y estos lugares comunes es la presencia de los chismes en cada página de la novela. Al contarlos, así por curiosidad, se llegaría a un número astronómico. Chisme la novela y chismes sus más recónditos contenidos. Es que en **Los que falsificaron la firma de Dios** Viriato Sención no hace otra cosa que no sea coleccionar los chismes que todos conocen y repiten acerca de Balaguer, su familia y sus más estrechos colaboradores. No es por casualidad, pues, que el verdadero personaje central de la novela -si hubiera personajes, es decir- es Frank. Cuál es su pasión? Coleccionar chismes. En **Los que falsificaron la firma de Dios**, Frank representa al novelista. Como personaje, Frank es y hace lo que Sención, por lo menos en su función de novelista, es y hace. Al tomar la novela en nuestras manos después de haberla leído y preguntarnos qué es lo que en ella tenemos, no hay otra respuesta posible que la siguiente: una colección de chismes, sólo una colección de chismes. Esto porque, al no haber personajes que logren existir, al no haber temas dignos de ser temas, al no haber trama que se desarrolle, pero con páginas muertas y lugares comunes en todo lo largo de sus 323 páginas, es obvio que, al final, lo que queda es lo que hemos dicho que es: una simple colección de chismes.

No se vaya a pensar que, fracasado en todo lo demás, Viriato Sención tenga éxito en la novela en tanto que colección de chismes. No. Todos esos chismes que él nos cuenta son hartos conocidos. El ni agrega a esa lista ni la cambia. Por eso, lo que con esa lista de chismes Sención nos demuestra es muy revelador: su total falta de imaginación. Esto porque, al reducir la novela a una colección de chismes, lo mínimo que él pudiera hacer era asegurarse de que a través de ellos demostrara un poco de imaginación o, si no esto, por lo menos un poco de originalidad. Nada de esto ocurre, y **Los que falsificaron la firma de Dios** fracasa, pues, por completo, aún como colección de chismes.

No nos vamos a rebajar citando aquí ejemplos de los chismes que Viriato Sención colecciona en su novela. Ellos son obvios y saltan a la vista de cualquiera, página tras página. Sentimos pena por él por esta

enfermedad suya de coleccionar y contar chismes. En lo que no podemos sentir pena es, sin embargo, en su total falta de dignidad frente a un supuesto enemigo, a lo que es una familia, una persona, al mismo actuar serio y civilizado. Pero, más que por eso, por otra cosa: por el hecho de que, en su novela, Viriato Sención confunde las figuras históricas -Ramos, los generales, la jerarquía eclesiástica- y la misma historia del país con el chisme en sí. A juzgar por la novela, Sención cree que la historia de los hombres es pura y simplemente, al igual que su novela, una colección de chismes.

Hemos dicho que Viriato Sención tiene una total falta de imaginación, que no demuestra ninguna aptitud de ser original. Vamos a agregar algo más: a Viriato Sención también le falta por completo el sentido del humor. Los chismes que nos cuenta, por ejemplo, pueden ser cómicos. Sólo que él no los sabe ver así. Los ve todos con una seriedad abrumadora, esa misma seriedad con que, en cierto sentido, la gente toma ante una escena pornográfica. En esto Sención tiene algo en común tanto con los aficionados a la pornografía, como con sus suplidores: con los unos, por su seriedad frente a algo que puede resultar cómico; con los otros, por su falta de sentimientos y de dignidad. En efecto, al leer la novela se notará que, las raras veces en que nuestro novelista trata de hacer humor, lo que sale es el veneno del sarcasmo. Podríamos dar ejemplos de esto, pero no vale la pena. Estaríamos gastando tinta.

Reiteramos, pues, que con **Los que falsificaron la firma de Dios** Viriato Sención nos da una nueva categoría de la novela, la "**novela del chisme**", y que el éxito editorial que ella ha tenido se debe, como hemos demostrado, sólo y exclusivamente en eso y nada más.